

fuego de las armas enemigas, el ruidoso Río Juanambú. La batalla fué una de las más sangrientas. Ambos contendientes se debilitaron grandemente. La victoria fué de Bolívar, pero le costó muy cara, pues allí perecieron, además de muchos soldados, oficiales muy valerosos. Fué la batalla de Bomboná. Mes y medio después, el 24 de mayo, el general Sucre hacía pedazos al ejército español mandado por el general Aymerich. Esta batalla fué un hecho extraordinario. Se combatió a más de 4,000 metros de altura sobre el nivel del mar, en las elevaciones intermedias del volcán de Pichincha, a la vista de la ciudad de Quito. Sucre recogió un botín espléndido. El jefe español se entregó prisionero al vencedor, que supo respetarlo, y Sucre entró a Quito triunfante, bendecido y aclamado. Toda esta campaña libertadora del Ecuador se hizo entre los volcanes, en medio de una naturaleza fantás-

tica, inexplorada y agresiva. Bolívar ascendió al Chimborazo preguntando hasta qué altura habían llegado Humboldt y Bompland, para subir así él hasta donde nadie hubiese llegado. Y esto así pasó, pues el Libertador puso sus plantas donde nadie las había llegado a poner hasta entonces. Era incansable y, sin vanidad, no permitió nunca que nadie lo superase en nada. Páez y sus llaneros reconocieron en él a un jinete diestrisimo. Porque aquel hombre todo lo sabía: desde herrar un caballo y curar heridos, hasta improvisar los mejores discursos en las más diversas circunstancias.

Después de haber estado el Libertador en Quito, siguió para el puerto de Guayaquil que quedó anexado a la gran República de Colombia. Allí tuvo una importante entrevista con el general don José de San Martín.

(Seguirá en la próxima entrega).

Virgilio

=Traducción y envío de JOSÉ FABIO GARNIER=

En el rumor de la pequeña fuente escuché el nombre misterioso de Lucía. Lucía es "blancura de luz", Lucía es "Gracia". Es ella la dulce madre que toma en brazos al alma, le hace beber el néctar sin por ello exigir recompensa, doliéndose de que no haya quien lo desee. Preguntemos a la fuente, que tantos íntimos secretos de la mente dantesca conoce, si sabe cuál es el nombre del dulcísimo padre; y si éste es aquel que ya repetían todos los labios como el de la dulce madre. Y la fuente susurra a mis oídos aquel nombre de misterio. Y aquel nombre no lo habían repetido aún las gentes porque sólo se escuchaba en el rumor silencioso de la fuente ignorada. Aquel nombre significa: *Estudio*.

Dice la fuente humilde y grande, "en aquellos que arden en el profundo amor hacia la translúcida verdad, no hay que criticar el estudio pero preciso es evocarlo con orden de manera que se inicie con la fe y con la bondad de las costumbres y se esfuerce por llegar a donde aspira". Virgilio se presenta a Dante cuando éste ya descendía hacia mezquinas regiones. Se encuentra frente a la loba que simboliza y reúne en sí todas las maliciosas tendencias. Y Virgilio no cree que Dante logre vencer esa malicia y ascender hacia la cumbre. A lo más alto llegaría Dante por medio del ejercicio de las cuatro virtudes que juntas forman la virtud moral: con la bondad en las costumbres. Pero aquellas y ésta no bastan. La bestia cruel lo haría morir. En consecuencia, le insinúa otro viaje. Este viaje es siempre una lucha contra la misma bestia que reúne en sí las otras dos, contra el tricéfalo Lucifer, del cual salen vencedores, Dante y Virgilio, poniendo la frente en donde él tiene las piernas; o contra las tres fieras, contra la pantera alegre en sí y triste en sus efectos, contra el león violento, que es ira animal y contra la loba insaciable que es envidia infernal e infernal soberbia; o contra las tres Furias que simbolizan esa ira, esa envidia, esa soberbia y que tienen a su servicio una Gorgona que produce la desesperación de la cual nadie podrá salvarse jamás; y es una batalla que se libra con armas iguales a las que en la otra se usan: con la templanza y con la fortaleza, con la justicia y con la prudencia o sea, con las virtudes cardinales, *bonis moribus*. Pero la lucha no se efectúa en la playa desierta. Dante con su guía se ha abismado, ha muerto. Y cuando surge de nuevo, siempre con su guía, asciende y asciende, siempre purificando, con aquellas armas, toda huella del mal; y así, *bonis moribus*, llega allá a donde aspira llegar. Quien lo guía y lo forta-

lece y lo sostiene y del brazo lo lleva y, en suma, lo acompaña, es el estudio, aunque en una ocasión al cantor se sustituye el héroe, y en otra, al dulce padre, la dulce madre.

Virgilio es pues el estudio que "con la bondad de las costumbres se esfuerza por llegar a donde aspira." Y "comienza con la fe". Dante, de él duda. Ante el inminente peligro de la loba, a él se entrega. Conoce su virtud. Lo conoce, lo ama. Para huir de aquel daño consiente en seguirlo. Camina Virgilio, y Dante lo sigue. Pero cae la tarde. En el silencio de las cosas, el nuevo peregrino se abandona. Y aquella sombra, para obtener que el hombre se libre del terror, le dice que fue enviada por Beatriz. No basta: afirma que a Beatriz la indujo Lucía. No basta: le dice que Lucía fue enviada por María cuyo nombre no pronuncia, como no pronuncia el del Poderoso hijo de aquella Virgen. Cuando sabe que Virgilio llega de parte de tres benditas mujeres de la corte celestial, entonces, sólo entonces, Dante siente de nuevo, en el corazón, la valentía, y le dice: Tú, conductor, tú, dueño; tú, maestro! Es éste verdadero estudio *non improbandum*, puesto que en la fe se inicia. Tampoco eso basta. Para circunscribirnos a lo esencial, recuerde el lector que cuando la sombra y el hombre están en el limbo, entre los espíritus magnos, en medio de las escuelas poéticas y filosóficas de la antigüedad pagana o no creyente, allí, en donde el estudio, para un alma pía, es más peligroso, el hombre cristiano le dice a la sombra pagana:

Decidme, maestro mío, decidme, señor.
(Infierno III, 46)

Y son las palabras de antes, repetidas con intención. El cristiano interroga al pagano acerca de Cristo Redentor. ¿Por qué?

Para estar seguro de aquella fe que vence todo error

El estudio, aún hecho en filósofos y poetas paganos, siempre necesita auxilio de la fe.

Porque el estudio, para un hombre del tiempo de Dante, se comprende que era el de los escritores latinos. Boecio y Tulio son los autores que Dante lee en su honda melancolía y tanto en ellos se abisma cuanto "el arte de la gramática que poseía y un poco de ingenio le permitían" (*Convivio* II, 13) Ahora bien, si existía un autor que pudiese simbolizar tal estudio, ese era Virgilio. Ya en la época de Quintiliano y aún antes, "Virgilio era el primer libro latino que acariciaban las inocentes miradas de los niños después de haber aprendido a leer y a escribir, y desde entonces servía

tanto para la instrucción primaria como para la enseñanza superior" y así continuó sirviendo durante mucho tiempo; y en las oscuras épocas de la edad media "en las que reinó la gramática, dominó, también, Virgilio, compañero inseparable y autoridad suprema en ella. Virgilio y la gramática, en la Edad Media, se puede decir que dejan de ser dos seres distintos para llegar a convertirse en sinónimos." Y eso, más que para nadie, lo significaba todo para Dante quien, en la *Vida Nueva*, cuando por su talento "muchas cosas, casi como soñando, veía" (*Convivio* II, 13), antes que a cualquier otro poeta, citaba con deleite a Virgilio para demostrar que los bardos deben hablar "no sin motivo alguno, sino con razón, la cual pueda también explicarse en prosa" (*Vida Nueva*, XI, 25). Agréguese a esto que Virgilio cantó la justicia de Eneas; que vivió en tiempos de Augusto, cuando "existiendo perfecta monarquía, el mundo en todos sus sectores se mantuvo tranquilo" (*De Monarquía*, I, 18); que llevaba dentro de sí una tan poderosa lámpara que a todos iluminaba, siendo, casi, un profeta inconsciente de Jesús (*Purgatorio*, XX, 72); que además de haber cantado el descenso de Eneas a los infiernos y por ese hecho ser como el evangelista del héroe de la vida activa, había adquirido, en aquellas épocas, fama de mago.

Pero el concepto fundamental de Virgilio es el "estudio", el estudio que en la gramática se iniciaba. Dante dice que de él aprendió el bello estilo. De él obtuvo Dante el arte del buen decir, con él siguió la vía del más allá. Por eso, al mismo Virgilio, le dice Estacio: "Antes me enviaste al Parnaso a beber en sus grutas y luego hacia Dios me dirigiste. Como el que de noche camina, fuiste..." (*Purgatorio* XXII, 64). Así podía decirle y en parte le dice Dante: De ti obtuve el bello estilo; y luego me condujiste por los dos reinos del delito y de la falta. Y no lo condujo solamente como imaginado guía; en verdad, le dió imágenes e ideas y matices, desde el reino de los niños en el vestíbulo hasta los Eliseos de la selva viva. Por lo que, con mucha razón, exclama al verlo: "Auxíliame el largo estudio y el grande amor!" (*Infierno* I, 83) pronunciando, con sabiduría de la que nadie se ha dado cuenta, las palabras que expresan la esencia mística de aquella sombra augusta: estudio y amor. Si Dante dudó al traducir las palabras de San Agustín, *non est improbandum studium*, también nosotros hemos de dudar si traducir en "estudio" o en "amor". Mucho se parecen estudio y amor. Dante lo sabía. "Por amor entiendo el estudio al cual me entregaba para obtener el amor de esta mujer... Hay un estudio que lleva al hombre hacia el arte y hacia la ciencia; existe otro estudio que la costumbre adquirida utiliza; y el primero es el que llamo aquí *Amor*..." (*Convivio* III, 12) Eso lo afirma a propósito de aquel su dulcísimo verso inicial, "Amor que en la mente, razona", el cual surge de nuevo al pie del monte en los labios de Casella.

El Maestro parece dominado por el remordimiento a causa de la pequeña falta cometida al detenerse. ¿Por qué se detuvo? ¿Por qué permaneció tan silencioso y atento? En aquella canción, de él se hablaba! El dulcísimo padre (gracias sean dadas a la fuente escondida que nos lo reveló) se llama, si se quiere, estudio; pero se llama también, si se desea, amor. Y hablaba, en verdad, Virgilio de la doncella de Dante, en la mente suya, desde el momento en el que, invocando su nombre lo indujo a emprender el viaje hasta el instante en el que, invocando su nombre, lo hizo atravesar las llamas.

Giovanni Páscoli

Pág. 457 a 462 de *Sotto il velame*, tercera edición. Nicola Zanichelli, editor. Bologna, Italia.